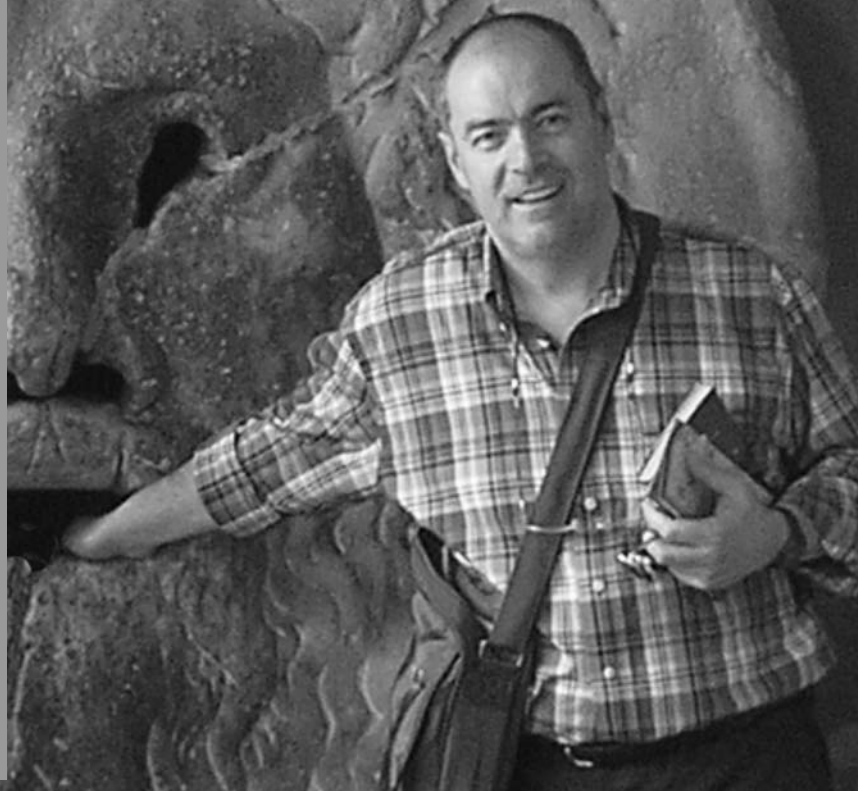


# Con un pie en el estribo

por José Santos Fernández



Con un pie en el estribo echo la vista atrás a la larga cadena de años de trabajo en el centro y lo que veo no me parece malo.

Creo que he cumplido razonablemente con lo que me era exigible. Tal vez algo más, particularmente en los años en que ocupé cargos directivos: tres años fui Jefe de Estudios, tres años Director (etapa cuya crónica hice en el libro conmemorativo del 75º aniversario) y cinco años Secretario. Pero no debo ponerme yo la nota.

En cuanto a lo que he recibido, podría decir que he aprendido tanto o más de lo que he enseñado, entre otras cosas porque una de las mejores formas de aprender es intentar enseñar a otros lo poco que uno sabe.

Aparte de eso es una gran suerte disponer de compañeros especialistas en las más diversas ramas

del conocimiento, dispuestos a satisfacer la curiosidad intelectual de uno.

Ha sido igualmente una suerte ser parte de esta comunidad que es el instituto, formada por estamentos diferentes e imprescindibles: alumnos, padres, profesores, cargos directivos (con Severino al frente tantos años afortunadamente), conserjes, limpiadores y limpiadoras, Carmen Cardiel en el bar (que también se despide este año)... Tanta variedad, multiplicada por el movimiento de los traslados, es una gran fuente de riqueza humana.

Aunque ha habido momentos de conflicto, la tónica ha sido la convivencia pacífica y agradable. En lo que a mí respecta, estoy agradecido por el afecto con que me he sentido tratado en general en todos los tramos de mi larga estancia en el centro.

Esto es seguramente lo más agradable de lo vivido en estos años y

lo que más echaré de menos en el futuro.

También echaré de menos algunas clases armoniosas donde se juntan la espontaneidad y fluidez en la comunicación con la corrección y el interés por aprender.

No echaré de menos, en cambio, esas otras clases donde hay que luchar continuamente (generalmente contra una ínfima minoría) para lograr un mínimo espacio para la comunicación de contenidos.

Como el apóstol san Pablo (aunque a otra escala, naturalmente) puedo decir: *Bonum certamen certavi, cursum consumavi, fidem servavi*. "He combatido un noble combate, he terminado mi carrera, he conservado la fe".

Ahora dedicaré mi tiempo a lecturas y tareas postergadas durante años. Estaré disponible, si la dirección del centro lo considera conveniente, para echar una mano en alguna tarea menor o en asuntos relacionados con el latín... No esta-

---

José Santos Fernández, profesor del Departamento de Latín

# ¿Leemos?

por Alumnos de 3º de ESO

**E**n esta revista vamos a proponer nuevos libros, que para nosotros han supuesto mucho y que esperamos que para vosotros signifiquen algo similar. Son sólo algunos de los libros que hemos leído, pero también unos de los mejores, y pretendemos que podáis conocer las maravillosas historias que estos contienen. Hay libros de todos los estilos y para todos los gustos que podéis descubrir con un poco de interés. Son los siguientes...

(Ana María González 3º B)

Los alumnos de 3º de ESO seguimos leyendo, descubriendo nuevas maravillas mediante la lectura, imaginando paraísos, historias que nos emocionan, nos hacen reír, llorar... La lectura ha llegado a meternos en un mundo del que nadie quiere salir, cada libro que leemos es un mágico tesoro con el que a veces nos sentimos identificados, pero también hay ocasiones en las que nos quedamos perplejas porque jamás habíamos imaginado ese final, o tragedia, o romance...

Os animo a que sigáis leyendo, porque es un don que nadie nos puede quitar.

(Patricia Hernando Núñez 3º B)

Estimados lectores de la revista: Al igual que en el trimestre anterior, de nuevo se ha elaborado una lista con los libros leídos en el instituto, con un resumen adjunto de

estos. Desde la revista animamos no sólo a leer los que aquí están expuestos, sino a que elijan ustedes los libros que quieren leer, es decir, que realicen una lectura independiente.

(Carlos Medina Martín 3º B)

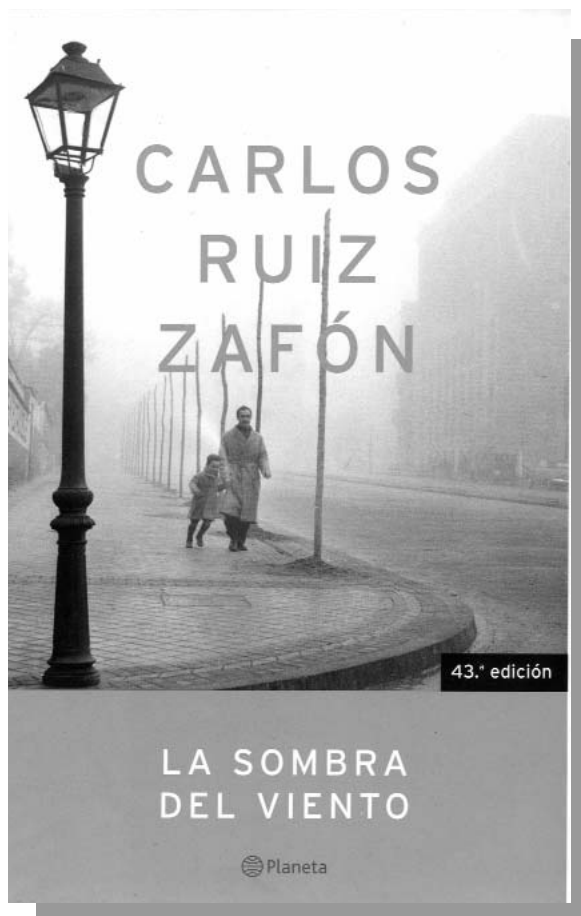
Como veis seguimos leyendo, y no porque nos obliguen, sino porque nos gusta. Hay gente que dice que leer es aburrido, pero no, no es que sea así, sino que no habéis encontrado el tema que os gusta y os daís por vencidos. Yo creo que

podáis intentarlo, buscar un libro con el argumento que creáis tentador y veréis que divertido es leer. ¡Os lo aseguro!

(Mª del Mar Jiménez 3º A)

Pues nosotros aquí seguimos con la lectura, al pie del cañón, para demostrar a todos que a la juventud actual sí que nos gusta leer, y, por qué no decirlo, le encanta cuando coge un libro interesante y no puede dejarlo hasta terminar.

(Mª Rosa Ibáñez 3º B)



## 1. "CREPÚSCULO" (Stephenie Meyer)

Bella, una chica de 16 años, va a Forks a vivir con su padre que es el comisario del pueblo; comienza las clases en el instituto y ya desde el primer momento siente una tremenda atracción por Edward Cullen. Edward presenta un comportamiento un poco extraño, aunque ocupa en clase la misma mesa que Bella, siempre intenta quedarse lo más alejado posible de ella, a veces falta a clase sin motivos aparentes y casi no le dirige la palabra. Bella descubre todo lo que a Edward le interesa, más de lo que le interesa reconocer.

Las cosas cambian cuando Edward salva a Bella de ser atropellada por un coche en el patio del instituto: la velocidad y la fortaleza del chico no tienen explicación humana. Bella comienza a preguntar a Edward y éste le responde con evasivas, pero la insistencia de Bella, que ahora reconoce que está perdidamente enamorada de él, irá dando luz a un misterio escondido durante mucho tiempo.

*Ha sido un libro muy interesante, manteniendo la intriga durante*

*todo el relato, de forma que te hace sentir todo lo que cuenta. En ningún momento me he aburrido y los personajes están tan bien descritos que te hace imaginar todo lo que ocurre a lo largo de la historia.*

*(Ana M<sup>a</sup> González 3<sup>o</sup> B)*

## 2. "EL NIÑO DEL PIJAMA DE RAYAS" (John Boyne)

Cuenta la historia de un niño de nueve años que vive con su familia en la ciudad. En una casa grande donde desde la ventana se ve toda la ciudad, donde tiene sus amigos. Pero un día llega del colegio y le comunican que se va a mudar, que se van de la ciudad. Su nueva casa no le gusta, no tiene nadie con quien jugar, no tiene vecinos, es una casa en medio del campo, solitaria; lo único que se ve desde la ventana es una verja. Al final el niño se hace amigo de otro niño que está al otro lado de la valla y tiene un traje con rayas. El final no es esperado.

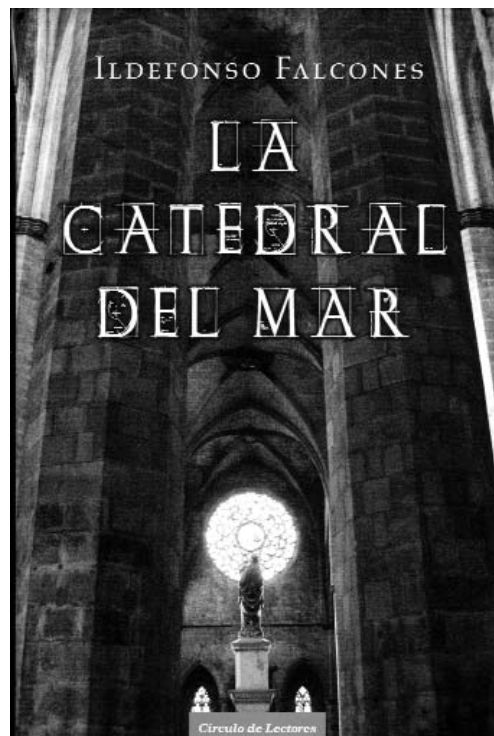
*El libro me ha gustado mucho, es muy fácil de leer.*

*(Virginia Bajo 3<sup>o</sup> D)*

## 3. "MARINA" (Carlos Ruiz Zafón)

El protagonista y Marina tratan de investigar sobre la vida de "La Dama de negro", una mujer que cada primero de mes se acerca al cementerio totalmente vestida de negro y cubierta con un velo que oculta su rostro. Todas sus pertenencias están marcadas con una mariposa negra. El misterio se irá desvelando y otros diferentes aparecerán envueltos en intriga y terror.

*Es un libro que combina a la perfección el terror, la intriga y el amor. Me decidí a leerlo por recomendación de una amiga y de hecho yo también lo recomendaría a todo el público, pero especialmente a quien le haya gustado el "Príncipe de la niebla" de este*



*mismo autor. Me he integrado perfectamente en la historia como un protagonista más, sintiendo sus miedos, temores y decepciones, pero también sus alegrías.*

*Libros como éste te ayudan a desarrollar tu imaginación, aumentan tu interés por la lectura y sobre todo dejan un bonito recuerdo en la memoria.*

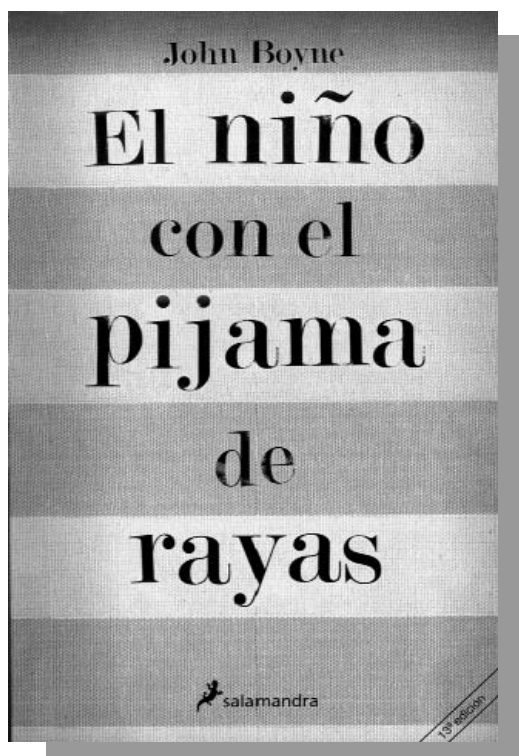
*(Virginia García Muñoz 3<sup>o</sup> B)*

## 4. "EL NOMBRE DE LA ROSA" (Humberto Eco)

Esta historia es narrada por Adso de Melk, un aprendiz de Guillermo de Baskerville. Éstos llegan a una abadía donde suceden crímenes que entre ambos comienzan a descifrar. Cuando llegan allí, ven que ha muerto un ilustrador de la abadía por extrañas causas. Durante su estancia en la abadía, van sucediendo diversas muertes...

*Me ha resultado un libro muy interesante y misterioso, ya que narra acontecimientos de intriga e investigaciones. También he de decir que a veces me ha costado un poco. Pero si tengo que resumir, ha estado muy bien, lo recomiendo a todos los que les guste la fusión entre relato policiaco y novela histórica.*

*(Marta Gayubo 3<sup>o</sup> B)*



## 5. “FUNDACIÓN IMPERIO” (Isaac Asimov)

En este volumen, el 2º de la trilogía de la Fundación, Terminus, el planeta capital de la Primera Fundación, deberá enfrentarse a un nuevo peligro tras derrotar a los cuatro Reinos que le rodeaban: el imperio de Trantor. Una nueva campaña militar, dirigida por el último gran general imperial Bel Riase, intenta reconquistar la periferia de la galaxia ocupada por la Fundación. Finalmente las fuerzas de la ficohistoria derrotan al imperio de manera definitiva. En la segunda parte del libro, surge una nueva crisis Seldon, que es aprovechada por un peligroso individuo para conquistar la Fundación. El Mulo, un extraño mutante con la capacidad de controlar las emociones, se embarca en la búsqueda de la Segunda Fundación, único enemigo que puede derrotarle.

*El libro me ha gustado. La historia tiene numerosos giros de argumento que hacen que la localización de la 2ª Fundación sea sorprendente. Además la forma en la que describe a una sociedad en crisis el autor me ha gustado.*

(Carlos Medina Martín 3º B)

## 6. LA SOMBRA DEL VIENTO (Carlos Ruiz Zafón)

En mitad de la posguerra, el padre de Daniel le lleva al cementerio de los Libros Olvidados, porque ha llegado la hora de que elija un libro para leer y cuidar. Elige uno escrito por Julián Carax, titulado “La Sombra del Viento”. A partir de entonces, Daniel intenta revivir la vida de Julián Carax, que muchos no quieren que salga a la luz, y que le llevará a vivir numerosas aventuras por las calles de Barcelona.

*Este es uno de los libros que he leído que más me ha gustado, ya que mezcla realismo y aventura, y te engancha desde el principio. Se*

*lo recomiendo a cualquiera, pues es un libro muy ameno y entretenido, que seguro os gustará.*

(Sofía Palacios Herrera 3º A)

## 7. “LA CATEDRAL DEL MAR” (Ildefonso Falcones)

Cuenta la historia de una familia estrechamente relacionada con la construcción de una Catedral en Barcelona, pagada por el pueblo.

Todo comienza con la huida a Barcelona de un padre con su hijo de unos meses de edad y cuenta la vida y la cantidad de cosas que le pasa a este y las cosas que van sucediendo en la Barcelona del siglo XIV.

*Me ha gustado mucho, me encanta este tipo de novelas, que cuentan cómo era la vida en la Edad Media, basándose en hechos reales, como la construcción de una Iglesia, en este caso en Barcelona. Además me parece que es muy interesante conocer cómo eran las costumbres en otras épocas.*

(Virginia Rodríguez Ortega 3º D)

## 8. “ESTRELLA, ESTRELLITA: ¡CUÁNDO SE DARÁ CUENTA QUE SOY SU MEDIA NARANJA!” (Rosie Rushton)

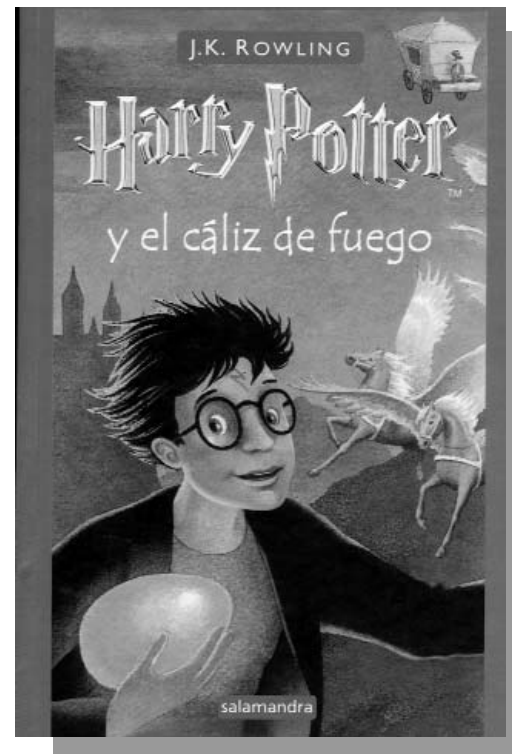
Son tres amigas que se conocen desde hace mucho tiempo y pasan de los chicos porque nunca se han enamorado, pero un día van de compras y una de las chicas va a mirar las colonias, ve a un chico y se empezó a enamorar...

*Me ha gustado mucho este libro. Se le recomiendo a todo el mundo, sobre todo a las chicas.*

(Alicia Juez 3º A)

## 9. “EL REY DE LAS COSAS PEQUEÑAS” (Luis Piedrahita)

Es una recopilación de monólogos de Luis P. Aprovecha muy bien las cosas más absurdas de la vida



para provocar la risa. Estas cosas, obviamente estúpidas y hogareñas, casi nunca se recuerdan, pero hay muchas que son muy graciosas. Luis P. se aprovecha de esta situación para hacer sus monólogos inimitables.

(Alfonso González de la Rubia 3º B)

## 10. “HARRY POTTER Y EL CÁLIZ DE FUEGO” (J. K. Rowling)

Tras otro abominable verano con Dursley, Harry se dispone a iniciar el cuarto curso en Hogwarts, la famosa escuela de magia y hechicería. A sus 14 años a Harry le gustaría ser un joven mago como los demás y dedicarse a aprender nuevos sortilegios, encontrarse con sus amigos Ron y Hermione y asistir con ellos a los Mundiales de Quidditch. Sin embargo, al llegar al colegio le espera una gran sorpresa que le obligará a enfrentarse a los desafíos más terribles de toda su vida.

*El libro me ha gustado bastante porque tiene muchas aventuras; me identifiqué mucho con Harry.*

(Mario Aguilera 3º A)

# La familia de Darío

por Sergio García Muñoz

Premio 1º de Prosa, Categoría C, Concurso Cervantes 2008

**E**ra feliz Pepinillo. Reía por todo, se regocijaba por menos. Su mirar, falto de la chispa del intelecto, reflejaba un brillo jubiloso. Tenía algo de triste su alegría... Su padre, Darío el tabernero, no permitía que se juntara con los demás chiquillos, quienes encontraban cruel divertimento en hacer mofa del desgraciado. Sentía Darío por su hijo un profundo amor de padre y hasta llegó a enseñarle cosas que parecía un milagro que las hubiese podido aprender. Y es que el pequeño rescaldo de inteligencia que aún quedaba en el bobo se le encendía en imitar, como un pobre mono, a su padre. La madre era una mujer de armas tomar. Tenía anchos los brazos y fornido el pecho. Era ella el temor de la taberna pues, a la hora de pagar la consumición, ¡ay! pobre del infeliz que sobrepasara de sus dineros. Con ella no había contemplaciones de ningún tipo y procuraba arreglar cuentas en el acto pese a lo que hiciera falta. No eran pocos los que habían abandonado aquel lugar en paños menores tras haber tenido que apoquinar con

sus ropas. Incluso un día, en que un forastero solicitó cama y sopa caliente sin poder afrontar el gasto, Ramona, que así se llamaba, se hizo con su corcel zaino encerrándolo en la cuadra y cobrándose así el pago del extranjero que, por más que prometió entre sollozos volver y saldar sus deudas, tuvo que abandonar la aldea a pie mientras Ramona sentenciaba orgullosa: "más vale pájaro en mano que ciento volando", segura de su argumento, como si el que fuera un refrán que oía decir a su madre pudiera considerarse suficiente razón de peso.

Ramona era una mujer entrada en años que, pese a su saludable apariencia, sólo había gestado abortos y niños que nacían muertos o duraban escasos días. Pepinillo era el único vástago que había logrado sobrevivir, aunque por mismo deseo de su madre hubiera preferido parirle muerto antes que imbécil. No pocas eran las discusiones que por motivo de su descendencia mantenía el matrimonio. A Darío le conmovía profundamente aquello de "angelitos al cielo" salido de labios de su mujer cada vez que se presentaba inerte el fruto de nueve

meses.

–Ya se' á al siguiente –animaba con total indiferencia a su marido.

–Deberías reposar más los embarazos, mujer. No conviene que estés sirviendo vino minutos antes de parir y mucho menos que armes esas trifulcas con los deudores.

–¡Lo que faltaba! Y permitir que esos cochinos borrachos nos roben nuestro sudor ¡eso jamás! ¡Jamás! –repetía con los ojos inyectados en sangre.

Y, uno tras otro, subían al cielo los angelitos...

Era Ramona una mujer fuerte de carácter y así como empleaba los puños con sus deudores, intimaba en la alcoba con sus más fieles acreedores. No era extraño que al acabar una partida de julepe que se hubiera dado bien, cogiera un provinciano a Ramona por el brazo y subieran juntos al altillo para *saldar cuentas*, como ella misma se excusaba ante su marido.

–¿Pero no ves que está mancillando tu lecho? ¡Que te la está dando!

–¡Por Dios, cállate! Mi mujer y aquel señor están revisando facturas.

–Ya lo creo que sí, como que es

Sergio García Muñoz, alumno de 2º B de Bachillerato

una ramera.

Y Darío, encolerizado, echaba a puntapiés de la taberna a quien osara referirse así a su mujer.

Era éste, el de la infidelidad, un tema peliagudo. En cierta ocasión, Darío llegó a confesarme que, en verdad, prefería ignorar y ser feliz a saber demasiado y sentirse desgraciado. Él quería ser como su hijo Pepinillo, y llevar siempre una sonrisa en la boca y correr tras las mariposas y los sueños... Para nada, y pese a su avanzada edad, era partidario de la actitud contemplativa. –Hacer, hacer... ¡y no pen-

sar!– Solía decir en un murmullo cuando las voces amigas le invitaban al merecido reposo y descanso. Bien comprendí yo, ya desde entonces, que Darío huía de pensar ocioso y a solas, que algún pensamiento le perseguía.

\*\*\*

Ocurrió un día que Pepinillo regresaba a la taberna, siendo mediodía, cuando se vio sorprendido por la turba de pilluelos que salían de la escuela. Pepinillo comenzó a

correr camino adelante, mas sus piernecitas cortas e inseguros movimientos permitieron a sus perseguidores darle alcance.

–¿Qué llevas ahí? -le preguntó un niño con cara de ratón.

–Naaa... naaa... –balbuceó el tonto que tartamudeaba siempre que la emoción le desbordaba mientras se acercaba al pecho, con más fuerza todavía, la cría de calandria que había encontrado en su diario pasear.

–¡Pepinillo no sabe hablar! –y comenzaban a corear con sus infantiles vocecillas aquello de: *"no sabe, no sabe, ni nunca aprenderá, orejas de burro le vamos a poner."*

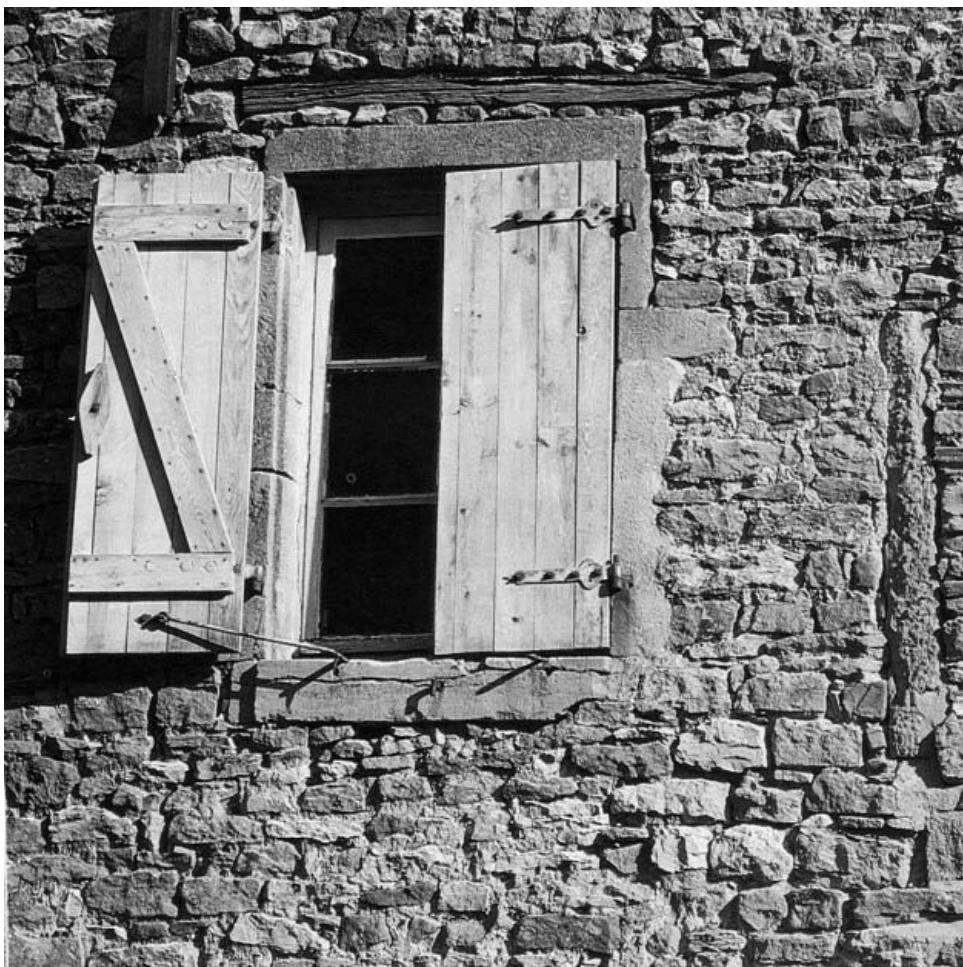
El chico, asustado y turbado, intentó adelantarse pero una vez más llegaron hasta él. Los chavales lo rodearon y comenzaron a empujarlo hasta que uno de ellos consiguió arrebatarse de las manos el pajariño y de una patada, lo echó al ribazo próximo. Pepinillo, enrabiado, comenzó a arremeter contra sus acosadores lanzando mordiscos al aire y espumeando una baba epiléptica. Todos huyeron asustados al grito de :

–¡Loco, loco Pepinillo!

Todavía tuvo fuerzas para perseguirlos a la carrera unos metros, aunque enseguida desistió entregándose a la búsqueda de su amiguito entre los cañaverales.

El día se había dado bien y Darío y yo volvíamos de la ciudad tras haber cobrado unas rentas de un piso que heredamos tiempo atrás. Poco antes de llegar a la taberna y cobrar fuerzas apagando la sed y saciando el apetito, nos detuvo en el camino el chapoteo torpe de una criatura en el barro. Nos asomamos esperando encontrar una res que hubiera quedado atrapada en el pegajoso cieno. La cara de espanto de Darío echó por tierra tales presentimientos al reconocer los alaridos de su hijo entre la marabunta de cañas...





—¡Pepinillo, aguanta! —gritó el padre a la vez que se entregaba a la búsqueda de su hijo con la idea de poner fin a su agonía. Se lanzó por entre los juncos, bajó casi rodando la pendiente de una de las orillas de la acequia, y se vio metido en el agua hasta la cintura con los pies en el barro. Ante sus ojos cruzábanse las cañas formando apretada bóveda, casi al ras del agua. Delante de él sonaba en la lobreguez un chapoteo sordo, como si un perro se revolcara acequia abajo... ¡Allí estaba su retoño!

Remontó victorioso el ribazo con el pequeño en sus brazos, agarrándose fuertemente al cuello, y dejando olvidadas las alpargatas en el légamo del lecho, con los pantalones pegados a la carne, tirantes, pesados, dificultando los movimientos, recibiendo en el rostro el bofetón de las cañas tronchadas, los arañazos de las hojas rígidas y cortantes.

No hubo tiempo para explicaciones

de ningún tipo. Su ansia era llegar cuanto antes a la taberna para secar al pobre de Pepinillo. Tenía la carita nacarada y los labios moraditos... y no cesaba de tiritar y gesticular en intento de pronunciar palabra.

Abrió la puerta de una patada y, de dos zancadas, atravesó la larga estancia y subió las escaleras, volando cada cuatro peldaños, con su hijo en brazos.

—¿Pero qué *mojca* le ha *picao* ahora a *ste*? —me preguntó Ramona asomando la cabeza por la puerta del estrecho cuarto reservado a los fogones.

—Es Pepinillo, se cayó en una acequia.

—Baah... ¿y *pa'* eso tanta *alborotería*? Ya *se'á pa'* menos...

Darío lo dejó con delicadeza sobre su catre y enseguida trajo un barreño con agua tibia y un brasero. Poco a poco, fue limpiando al pequeño de aquella costra cetrina

de limo seco que aferrábase a su pielecita arrugada y flácida. Pero no había manera de que entrara en calor. Lejos de apaciguarse, la tiritona aumentaba.

—Baja corriendo a por un tazón de caldo —me ordenó.

Volví a subir, acompañado en esta ocasión por Ramona que, por primera, vez tenía ante sus ojos a la criatura después de su trágico accidente.

—Ha *cogío* frío... un *costipaílo*, *ná* más — y volvió a bajarse presta, no sea que algún truhán marchara sin pagar aprovechando su ausencia.

\*\*\*

Pasaban los días y, por más que el médico acudía y se embolsaba duros a cuenta de su diagnóstico, Pepinillo no recobraba las fuerzas. El chico se moría; bastaba verlo para convencerse. El pobre apenas si se movía: únicamente su pecho continuaba elevándose con penoso estertor. Sus labios tomaban un tinte violáceo y sus ojos, casi cerrados, dejaban entrever un globo empañado e inmóvil. Eran unos ojos que ya no miraban, y su morena carita parecía ennegrecida por misteriosa lobreguez, como si sobre ella proyectasen su sombra las alas de la muerte. Lo único que brillaba en su cabeza eran los pelitos rubios, tendidos sobre las almohadas, y en esta madeja rizada quebrábanse con extraña luz el resplandor del candil. La madre lanzaba gemidos desesperados cual leona dolido que intenta llamar la atención.

—Mi único hijo... —sollozaba.

Darío, absorto, apretando los puños, mordiéndose los labios, con la vista fija en aquel cuerpecito, al que tantas angustias y estremecimientos costaba soltar la vida. Sus ojos secos, agitados por nervioso parpadeo, la frente inclinada sobre su hijo, ofrecían una expresión aún más dolorosa que los lamentos de su madre.

Acaeció una tarde que el chico cobró fuerzas milagrosamente llegando incluso a levantarse un rato del lecho. Darío ordenó inmediatamente llamar de nuevo al médico quien le aconsejó no aferrarse a la esperanza de sanación.

—La mejoría de la muerte, *ná* más concluyó Ramona tras interpretar, más que entender, el diagnóstico del doctor.

Darío sufrió mucho estas palabras de su esposa y en toda la tarde no se despegó de su hijo. Al caer la tarde y establecerse la noche, Pepinillo empezó a delirar queriendo echarse del lecho en agitados espasmos y revolviendo en torno los espantados ojos. Duró aquello tres largas horas que a Darío le parecieron eternidades. Al fin, el pequeño pareció sosegar. Ya no se revolcaba entre las sábanas, ni sollozaba lastimeramente... parecía descansar. Darío, presintiendo el fin de todo aquello, fue a buscar a su esposa para poder despedir a su último angelito. Llegó ante la entrada de la alcoba, donde ella dormía desde que Pepinillo había enfermado, y llamó a la puerta. Al momento, detrás de la pared se

oyó un alboroto de tropiezos y prisas que a Darío le despertaron la sospecha.

—Ramona, ¿ocurre algo?

—¡Ya va! —rugió, sin duda, molesta por la interrupción.

Salió en camisón, con la melena alborotada, echada sobre el rostro, las mejillas cárdenas y respirando todavía entrecortadamente. En el segundo en que la mujer abrió la puerta, Darío pudo ver por encima de su hombro unos zapatos de buen caballero que se dejaban asomar debajo de la cama y, al fondo, detrás de las cortinas, parecía esconderse una silueta tensa y atemorizada que hacía estremecerse los lienzos. Ramona, de un basto empujón, acompañó a Darío hasta la habitación del chico que dormía con carita de degollado

—No le molestemos, que descanse —susurró Ramona mesando los rizos de Pepinillo en escena artificiosamente maternal. Y volvióse a la alcoba.

Darío permaneció en la habitación velando a su hijo, reflexionando... ¡qué terrible es pensar! Al rozar el alba, Pepinillo se desveló comen-

zando a susurrar:

—¡Papá, papaíto!

—Sí, hijo, aquí estoy.

Pepinillo gesticulaba pero no emitía sonido inteligible alguno. Estiró los brazos al aire reclamando el abrazo paternal. Darío se echó sobre él delicadamente llevándose-lo al pecho. En sus ojitos pudo ver... no era mirada aquello; era una gratitud plena, el agradecimiento profundo... amor hecho raciocinio; conciencia, aquella, que reconocía, que glorificaba. Darío le besó en la frente y Pepinillo sonrió y cerró su ventanita al cielo. No pudo contenerse el padre y lloró. En parte no era dolor; su desafortunado hijo había marchado feliz, acompañado... ¿Qué le quedaba a él ahora? ¿Qué, sino una esposa insatisfecha, sino un futuro menguante? Y abandonado, a todas estas ideas, se durmió el padre abrazado al hijo huido.

Cantó el gallo y comenzaron a inundar la habitación los primeros rayos del día. Al ir a despertar a Darío, me encontré con que también había marchado con Pepinillo... Desbordado por la amargura, le hice saber a Ramona la





triste nueva de la ausencia de su familia.

—En *verdad* aquel hombre amaba a su hijo... ¡Que la tristeza no nos ciegue! A llamar al señor cura, que hoy tenemos entierro pero a la semana que viene boda, ¡me caso con Gregorio! El muerto al hoyo y el vivo al bollo.

—¡Hay que ver! ¡Qué loba! —exclamó sin vergüenza su misma hermana Tecla.

—¡Qué loba ni qué lobo!

—El Señor tomará nota, no se olvida de estas cosas.

—¡Ea! ¡Eso sí que no! En nada he pecado, faltaría más ¡vamos!

¿No había ella de ser buena cristiana? Si el mismo Santísimo Cielo había escuchado sus plegarias: formar una familia, pero una familia que diera fruto. En cierta medida sentía la muerte de Darío, era un hombre delicado, fácilmente manejable... ¡pero todo no podía ser!. Ya vendría Gregorio que, aunque un poco más testarudo, le podría dar hijos que emplear en hacer de la pequeña taberna su soñado hostal.

Cerré mis oídos a tan absurdo diálogo y marché donde yacían mi hermano y mi sobrino. Las sábanas arrebujadas en tensión, varias píldoras esparcidas sobre la mesilla, un vaso de agua derramado por el suelo, una silla volcada en angulosa posición que proyectaba grotescas sombras sobre la pared a la luz del candil agonizante que las hacía desaparecer caprichosamente, batiéndose en duelo con la luz del nuevo día. Terrible entorno aquél que continuaba reflejando la angustia que había acechado a los dos en vida...

Allí el padre, allí el hijo y, entre ambos, un abrazo ajeno a toda angustia.

Caí de rodillas en medio de aquella habitación, clavado en el dolor. El universo entero era testigo...

¿Qué sentido dar a la vida, entonces? ¿De qué sirvió el amor paternal sino para sufrir y mal morir?

Demasiadas preguntas sobre la existencia. Abruma contemplar cómo los demás se limitan a ver la vida pasar, sin respuesta, en una lucha constante, en un egoísmo reinante... Mas no quiero hacer de ello mi tristeza, ya estoy cansado.

Y sintiendo todavía el calor de mi

hermano y mi sobrino en el ambiente, dispuse todo lo necesario para amortajarlos.

Así hemos encontrado el mundo... ¡y así lo dejaremos!





"Es 19 de Abril en Kioto y hoy hay un día despejado. El protocolo de Kioto sigue en marcha pero parece que algunos países contaminan..."

Katsugiro apagó la radio.

Iba conduciendo por la carretera y tenía planeado pasar un día ocioso. Su coche funcionaba con energía solar. Él se consideraba bastante ecológico, haciendo honor a su ciudad, y su alto puesto empresarial le permitía comprarse un vehículo como ése.

En los asientos traseros llevaba un trípode metálico y una cámara fotográfica con distintos objetivos inter-

---

Diego Perdiguero Trillo, alumno de 1º D de Bachillerato

cambiables. La fotografía era su hobby, su pasión. Se disponía a ir al santuario de Kinkaku-ji, el Pabellón Dorado, y captar la belleza de aquel símbolo nacional. Tenía treinta años, un sueldo alto, esposa, dos hijos y tiempo libre ¡No se podía quejar!

Aparcó el coche a las afueras de los jardines y cogió su cámara de fotos. Los colores blancos y rosas teñían la zona y un fuerte olor a polen impregnaba el ambiente. Era primavera y los cerezos habían florecido, otro de los símbolos de Japón. Una suave brisa mecía las ramas de los árboles y llevaba el aroma de lado a lado, colándose entre los troncos y aturdiendo a los visitantes.

De camino al santuario Katsugiro

tomó algunas fotos de los cerezos; unos pétalos revoloteando, unas ramas formando siniestras formas, como si de entrelazados brazos se trataran...

Tampoco había demasiada gente visitando el lugar: algún que otro deportista en bicicleta o corriendo, un pequeño grupo de turistas occidentales y un par de budistas que habían ido allí a meditar. Eso le gustó a Katsugiro, nadie que le diese codazos ni masas de gente que le atosigasen; así podía hacer las fotos tranquilamente.

Al final del camino se encontró en un claro con un estanque, el Kiokochi (espejo de agua), y en el centro, el santuario. Era un estanque de agua totalmente calmada, casi cristalina, y unas minúsculas islas flo-

taban con arbustos encima. El santuario era una maravilla; un piso con las puertas de madera y otros dos pisos cubiertos de oro puro, adornados con un tejado de tejas de caoba. Pero nada comparado con lo que adornaba su interior.

Después de sacar unas cuantas fotos al estanque y al santuario desde el exterior, pasó por un estrecho puente de madera que unía el templo con la otra orilla del estanque y entró al edificio. Era una pena pero dentro no se podían hacer fotos así que le puso la tapa al objetivo y se colgó la cámara al cuello. El primer piso, la "Cámara de las aguas", le evocó a la clásica decoración japonesa. Era básicamente una habitación rodeada por una baranda. En el segundo, llamada la Torre de las Ondas del Viento, era de estilo samurai y el último piso, el único con ventanas, de estilo Zen, albergaba unas figuras de Buda.

Una vez visto todo, Katsugiro, con un sentimiento de satisfacción y paz interior que le recorría todo el cuerpo, dio media vuelta y cogió el coche para volver a casa.

\*\*\*

Asano Mishima, 35 años.

He malgastado mi vida.

En el momento en que nací, mi vida no hizo más que empeorar. Unos hombres me compraron a cambio de un puñado de yenes. No les culpo a mis padres, ellos apenas tenían dinero para alimentarse. A los ocho años mi corazón ya no sentía nada, me mandaban alguna cosa y mi dedo apretaba el gatillo de la pistola sin vacilar.

Alcancé la mayoría de edad y me hice alguien importante entre los que me compraron de pequeño y en ese momento me perdí del todo; drogas, ajustes de cuentas, robos... Un día, por la calle, un hombre me paró y me preguntó algo.

Era un hombre imponente, llevaba el pelo rapado al cero, unos ojos oscuros, capaces de intimidar a cualquiera, y un tatuaje de un dragón asomaba la cabeza, enroscándose por el cuello, por encima de una gabardina de color gris.

—He oído hablar de ti —dijo aquel hombre con una voz ronca. Encendió un pitillo y aspiró la primera calada con fuerza. —Esa gente con los que trabajas no son nada. Ven conmigo y conseguirás mucho más.

Durante esa época yo sólo quería poder, dinero y chicas, así que cuando aquel hombre me ofreció todo eso y más, no me lo pensé dos veces.

—De acuerdo, lo otro ya me quedaba pequeño ¿Cuándo empiezo?

—Bien, bien, veo que empiezas con fuerza, pero acuérdate que en este grupo somos una familia y los errores se pagan caros —dijo el extraño. Hizo un gesto con el dedo meñique que no conseguí entender en aquel momento. —Mañana por la noche

pásate por la sala de juego en esta misma calle y conocerás al jefe de este barrio.

Ahora mismo, en el presente, paseo por las calles bajo la lluvia. Intento reflexionar pero no sé cómo salir de ésta. Mi corazón ha vuelto a florecer como una flor de loto, pero en el peor momento. ¡Quiero vivir, poder ver los cerezos del año siguiente, beber sake, conocer a una chica que me quiera...! Pero si sigo así...

Ya me falta un dedo, pero si intento salir de los yakuza de nuevo... me parece que va a ser algo más que eso.

Me han mandado otro trabajo; por lo visto el jefe estuvo ayer paseando por los jardines del Pabellón Dorado y alguien le fotografió. Me han dicho que si esas fotos salen a la luz desvelarán la identidad del líder de los yakuza y eso no se puede permitir, así que debo matar al fotógrafo.

Pero no quiero seguir matando, no sé qué hacer, estoy en un callejón sin salida.





\*\*\*

Katsugiro estaba en una habitación pequeña. Una luz roja iluminaba a duras penas el cuarto y recipientes llenos de líquidos químicos lo hacían más pequeño aún. Acababa de salir de trabajar y se disponía a revelar sus magníficas fotos de su visita al Pabellón Dorado. Con unas pinzas cogió las fotos una a una y las sumergió en uno de esos extraños líquidos para después colgarlas con pinzas en una cuerda que atravesaba toda la habitación.

Poco a poco las fotos fueron revelándose y en una de ellas había algo que a Katsugiro no le agradó; un grupo de hombres con gabardinas de cuero hasta los pies y tatuajes adornando todo su cuerpo visible parecían proteger a otro más bajo que el resto.

—¿Pero qué...? Si yo hice la foto a los cerezos —se preguntó extrañado.

Pero cuando se disponía a descolgarla, una mano con un paño húmedo apretó con fuerza en su cara y le hizo perder el conocimiento enseguida.

Se despertó con la vista nublada y un ligero dolor de cabeza. Intentó moverse pero una cuerda aprisionaba sus manos. Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz de una pequeña bombilla, se volvió histérico. Estaba sentado en una silla, atado de pies y manos y un hombre permanecía en la sombría esquina de una habitación diáfana.

—Katsugiro Umezawa, por lo visto ayer... —dijo aquel hombre entre las sombras.

—¡Por favor no me mate, yo no he hecho nada! —gritó Katsugiro desesperado— ¿Qué quiere, dinero? Le daré dinero, lo que quiera, pero no me mate, se lo suplico.

La expresión del secuestrador era extraña; parecía nervioso, preocupado, como si estuviese indeciso; al ver el miedo en los ojos de aquel hombre atado en la silla, se le revolvió el estómago.

—¿Ves esto? —le preguntó enseñándole el muñón de su dedo meñique— Si no te mato será algo más. Tú no me puedes ayudar con dinero, la única manera es matándote.

—¡Pero yo no he hecho nada! Por favor, no me mate. Si lo que quiere es salir del lío en el que está metido, yo le puedo dar dinero, puede salir fuera del país.

—¡Claro, todo es tan fácil! Vosotros los ricos siempre lo arregláis todo con dinero.

—¿Y vosotros? Cuando alguien no os gusta lo asesináis como si fuese basura —protestó Katsugiro envanecido.

Esa osadía la salió cara y el secuestrador le asestó un puñetazo en la cara. La silla balanceó y al caerse, el respaldo se hizo astillas. La boca le sabía a sangre a Katsugiro y se sentía mareado. Con la mano liberada y temblando, sacó una cartera del bolsillo trasero de su pantalón y se la lanzó al secuestrador.

—Mira, los ricos también tenemos corazón —le dijo ya sin miedo. Viendo cómo iban las cosas, tenía en la mente la opción de morir como algo normal. —Esos dos pequeños de la foto de la derecha son mis hijos, y la de la izquierda es mi mujer.

La cara del secuestrador palideció y la cartera se le resbaló de las manos.

—¿Cómo...cómo se llama tu mujer? —preguntó tartamudeando.

—Sakura.

—¿Sakura qué más? —preguntó de nuevo más nervioso que antes.

—Sakura Mishima, ¿qué te importa eso a ti?

Las piernas le temblaban al secuestrador y cayó al suelo tras oír lo que dijo Katsugiro.

—Sakura Mishima... es... es mi hermana —hubo un largo e incómodo silencio y después lo explicó todo— Me llamo Asano Mishima; de pequeño unos delincuentes me compraron, pero yo tenía una hermana. Nunca volví a verla después

de eso, pero está claro que la de la foto es ella. ¡No puedo matar al marido de mi hermana, maldita sea!

–Es imposible, ella nunca me habló de ningún hermano...

–Porque ignora mi existencia, no se acuerda de mí, era muy pequeña cuando yo me fui. ¡Se acabó!– dijo con fuerza y decisión, sacando una pistola de la chaqueta y poniéndosela en la boca, notando el frío y seco sabor del metal.–No hay otra solución.

–¡No, no! –gritó Katsugiro entrece rrando los ojos y esperando el ruido del disparo.

Hubo otro largo pero angustioso silencio, en el que Asano mantenía el dedo apretando el gatillo.

–Dime ¿Sakura es feliz contigo? –preguntó de repente Asano quitándose la pistola de la boca.

–Pues... –contestó Katsugiro sobresaltado ante tal pregunta– Tenemos dos hijos y gozamos de buena salud.

–Eso es lo único que me hace falta saber. Hay gente en este mundo que merece la muerte porque ya ha causado muchas a lo largo de su vida. Por favor, no le digas nada a Sakura sobre mí, seguro que es más feliz sin saber que tuvo un hermano como yo.

Acto seguido, Asano apretaba el gatillo con decisión, sintiéndose bien consigo mismo, comprendiendo que estaba haciendo lo correcto. Un escandaloso ruido y un fuerte olor a pólvora es lo que Katsugiro pudo sentir antes de ver el cuerpo sin vida de Asano sobre un charco de sangre.

\*\*\*

–¡Katsugiro, cariño! ¿Qué te ha pasado? Tienes sangre en la cara.

–Tranquila, me caí en la calle, soy



un torpe. ¿Los niños están durmiendo ya?

–Sí, es muy tarde, ¿Dónde has estado?

–Pensando. Sakura, ¿sabes de qué me he dado cuenta hoy? Que me ha tocado una vida que

muchos envidiarían.

–Estás muy raro, cariño, en serio. ¿Dónde has estado?

–Si de verdad confías en mí no querrás saberlo, solo te pido ese favor. Hay cosas que no se deben saber.